

## **La memoria de la guerra civil durante la Transición: la aportación de los editores y las colecciones editoriales\***

Gonzalo Pasamar

(Universidad de Zaragoza)

En este trabajo queremos poner en valor la aportación del mundo editorial a la memoria social y cultural de la guerra civil durante los años finales del franquismo y de la Transición. Consideramos que durante este período la industria del libro, tomada en su sentido más amplio, cumplió una función notable, compartida con el cine y ciertas revistas y periódicos, en la difusión y recuperación de la memoria de dicho acontecimiento; es decir, en la divulgación y representación cultural de recuerdos, relatos y visiones críticas del pasado que contradecían abiertamente la llamada doctrina de la cruzada, o que aprovechaban las contradicciones en las que incurrió el propio franquismo, a partir de los años sesenta, cuando alentó una visión de la guerra más distanciada que la propia de los años cuarenta y cincuenta. Nos va a interesar aquí la memoria social y cultural mucho más que la “memoria política” o el uso político del pasado, que es una cuestión diferente aunque se lo coloque habitualmente en el mismo saco en las disputas memoriales.

Nos centraremos en el análisis de recuerdos y reflexiones sobre la guerra realizados por personas que la vivieron, siendo niños o adultos, unos publicados de nueva planta y otros recuperados por los editores, de entre la literatura del exilio. Partiremos de la tesis asentada por los especialistas de que durante los años de la Transición, mientras los protagonistas políticos renunciaron a utilizar el recuerdo de la guerra como arma arrojada en el proceso de institucionalización de la democracia, en general se asistió a una auténtica explosión de memoria social y cultural sobre dicho conflicto<sup>1</sup>. Para entender la importancia específica del ámbito librero en lo que a la dicha memoria se refiere, será necesario observar, además, que el llamado “campo editorial”, término con que hace referencia a dicho ámbito, no se limita a ser el simple reflejo de los deseos de los editores: es más bien, como indica Pierre Bourdieu, un “espacio social relativamente autónomo” que se define a través de un capital simbólico formado por elementos tales como los catálogos editoriales, las colecciones específicas, los libros emblemáticos, los premios, y los contactos intelectuales y políticos. Es dicho espacio el que actúa de catalizador de fuerzas externas, tanto económicas como

---

\* Gonzalo Pasamar es director del Proyecto “La memoria de la guerra civil española durante la transición a la democracia” (HAR2011-25154. Ministerio de Economía y Competitividad).

<sup>1</sup> Esta paradoja está acreditada por ejemplo en Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Memory and Amnesia. The Role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*, New York, Oxford, Berghahn Books, 2002, p. xix; Santos JULIÁ (ed.): *Memoria de la guerra civil y del franquismo*, Madrid, Taurus, Fundación Pablo Iglesias, 2006, pp. 57-59 y 179-288; Josefina CUESTA BUSTILLO: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 305-319, 378-381; y Walther BERNECKER y Sören BRINKMANN: *Memorias divididas. Guerra civil y franquismo en la sociedad y en la política españolas*, Madrid, Abada, 2009, pp. 217-225.

políticas, y el que al final inclina a los editores a decantarse ya sea del lado “literario” o del lado “comercial”<sup>2</sup>.

## El capital simbólico editorial

El cambio social que se produce en la España del “desarrollismo” tiene sin duda un claro reflejo en el ámbito editorial. Transformaciones como el desarrollo de un movimiento obrero, de signo católico-reformista o de orientación comunista, basado en nuevas formas de organización, el clima de ebullición de la Universidad, el incremento de la escolarización y de la cultura científica y técnica, el proceso de normalización de la cultura catalana, o simplemente los cambios en las costumbres de los españoles, no pasaron desapercibidos en absoluto en el ámbito del libro; más bien éste también se puede considerar un agente en dicho cambio. Ilustra este hecho el dato de que entre 1962 y 1973, con el impulso de la Ley de Prensa e Imprenta promulgada el 18 de marzo de 1966 o “Ley de Fraga”, se fundasen en España más de 140 empresas editoriales. A nosotros nos interesan sobre todo las que construyeron los catálogos más innovadores en materia de cultura y memoria históricas<sup>3</sup>. Unas referencias por orden cronológico a algunas de las más destacadas, de Madrid y Barcelona, bastarán para dar una idea de ese florecimiento.

Se puede tomar como punto de partida el año 1962 cuando lanza su primer título Edicions 62, empresa que acababan de fundar Max Cahner y Ramón Bastardes Porcel. La iniciativa, que formaba parte de un despertar de la cultura catalana iniciado a finales de los cincuenta, todavía condenada a la semiclandestinidad, pronto hizo del libro en catalán algo “homologable internacionalmente”. Esto comenzaría a ocurrir de modo efectivo a partir de 1964, cuando el escritor Josep María Castellet se hiciera cargo de la dirección del catálogo editorial. Como sello en castellano de Edicions 62, en 1965 nacería Península, también dirigida por Castellet, que pronto comenzó a desarrollar uno de los catálogos más innovadores en el ámbito de la cultura intelectual<sup>4</sup>.

También por aquellas fechas nació la mítica editorial Zix (1964). Promovida por un grupo de obreros de las Hermandades Obreras de Acción Católica en Castilla, Zix se dedicó a potenciar el catolicismo postconciliar y, a partir de ahí, a divulgar el marxismo, la historia del movimiento obrero e incluso la memoria del pasado reciente. Un papel similar lo desempeñó en Cataluña, paralelamente, la editorial Nova Terra, ligada a grupos cristianos, sobre todo a las Juventudes Obreras Católicas. A partir de 1965 esta editorial se iba a ver reforzada con un intelectual que representaba el proceso de aproximación que se estaba produciendo entre el marxismo y el catolicismo, el catalán

---

<sup>2</sup> Pierre BOURDIEU : “Une révolution conservatrice dans l’édition”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 126-127 (mars 1999), pp. 3, 6. Una aplicación de estos conceptos al estudio de una colección específica, en David ESCOLAR LAPLANA: *Una colección para la transición. Espejo de España de la editorial Planeta (1973-1978)*, Madrid, Trea, 2012, pp. 110-112, 132-143.

<sup>3</sup> El componente de disidencia intelectual que tiene este movimiento puede seguirse en Francisco ROJAS CLAROS: “Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60”, *Pasado y Memoria* 5(2006), pp. 59-80.

<sup>4</sup> Sobre los orígenes de Edicions 62 y primeros pasos de Castellet en la misma, Teresa MUÑOZ LLORET: *Josep M. Castellet. Retrat de personatge en grup*, Barcelona, Edicions 62, 2006, pp. 165-170, 174-178; y Xavier MORET: *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Barcelona, Destino, 2002, pp. 348-356.

pero aragonés de origen Alfonso Carlos Comín, quien también trabajó de asesor en Península entre 1965 y 1967 con Josep María Castellet<sup>5</sup>.

Fue, sin embargo, en la segunda mitad de los sesenta cuando comenzó un espectacular florecimiento del ámbito editor que tuvo importantes efectos en el desarrollo de catálogos relacionados con la historia y la memoria españolas. En Madrid, en 1966 por ejemplo, José Ortega Spottorno puso en marcha Alianza Editorial, la cual al año siguiente inició su famosa colección de bolsillo bajo la dirección de Javier Salinas, hijo del escritor Pedro Salinas, y de Javier Pradera<sup>6</sup>. Igualmente en 1966, pocas semanas antes de la promulgación de la Ley de Fraga, los creadores de *Cuadernos para el Diálogo* (nacida en 1963) iniciaron su propia actividad editorial bajo las siglas de Edicusa, empresa surgida formalmente en marzo de 1965 bajo la dirección del periodista Pedro Altares<sup>7</sup>. En 1967 inició su negocio el editor Gregorio del Toro Perdiguero, célebre a mediados de los setenta por su catálogo sobre libros relacionados con la memoria de la guerra civil, y a finales de ese año el editor mexicano de origen asturiano, Faustino Lastra, fundó Siglo XXI de España. Igualmente a raíz de la Ley de Fraga iniciaron su despegue en España el editor catalán Joan Grijalbo, quien había fundado en el exilio, en México, la empresa que lleva su nombre, y la editorial Ariel de Barcelona (ésta había nacido en 1942), la cual, a partir de entonces, se decantaría hacia la historia española reciente.

El año 1969 sería un año pródigo en fundaciones editoriales innovadoras a pesar del estado de excepción decretado por el régimen, que se prolongó del 24 de enero al 24 de marzo y afectó seriamente al mundo del libro: por ejemplo, por aquel entonces el editor catalán Jorge Herralde le había dado forma definitiva a Anagrama, en Barcelona; Beatriz de Moura y su marido, Oscar Tusquets, habían fundado Tusquets Editores en su propia casa, también en Barcelona; el editor, empresario y abogado catalán Sebastián Auger, había ampliado sus negocios periodísticos al mundo editorial, con Dopesa (fundada formalmente en 1968); y, en Madrid, también en 1969, el librero Jesús Ayuso Jiménez, quien regentaba la famosa librería Fuentetaja de la calle de San Bernardo donde se podían conseguir libros prohibidos por el régimen, había creado la editorial Ayuso<sup>8</sup>.

Por su parte, en 1970, Carlos Barral, el editor en posesión del mayor capital simbólico de su generación, había inaugurado su propio catálogo –Barral Editores–, después de haber roto unos meses antes con los herederos de Seix-Barral, negocio de origen familiar en el que había trabajado cerca de veinte años y desplegado sus

---

<sup>5</sup> Véase, entre otros, Enrique BERZAL de la ROSA: *Sotanas rebeldes. Contribución cristiana a la transición democrática*, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 2007, pp. 52-59; Dolores MARÍN y Agnes RAMÍREZ: *Editorial Nova Terra, 1958-1978. Un referent*, Barcelona, Mediterrània, 2004, pp. 39-95; y Francisco MARTÍNEZ HOYOS: *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*, Barcelona, Rubeo, 2009, pp. 99-103.

<sup>6</sup> Xavier MORET: *Tiempo ...*, pp. 254-60; y José María GUEL BENZU: “Un oficio de caballeros”, *El País*, 21 de noviembre de 2011. Recuperado de Internet ([http://elpais.com/diario/2011/11/21/cultura/1321830002\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/11/21/cultura/1321830002_850215.html)).

<sup>7</sup> Javier MUÑOZ SORO: *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976): una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 57- 58, 246; y Xavier MORET: *Tiempo ...*, pp. 295 ss.

<sup>8</sup> Sobre Herralde y Anagrama, Felicidad ORQUÍN (ed.): *Conversaciones con editores: en primera persona*, Madrid, Siruela, 2007, pp. 214-216, y Jorge HERRALDE: *Opiniones mohicanas*, Barcelona, El Acantilado, 2001, pp. 22-26; sobre Beatriz de Moura y Tusquets: “Testimonios para la historia. Beatriz de Moura, editora”. Recuperado de Internet (<http://www.testimoniosparalahistoria.com/entrevista/beatriz-de-moura-editora/>); sobre Dopesa, José Antonio MARTÍN AGUDO: “Conversación con Sebastián Auger”, *El Libro Español*, 219 (marzo 1976), pp. 98-100.

contactos internacionales<sup>9</sup>. Prácticamente al mismo tiempo, una persona de su confianza, quien le acompañó en aquella ruptura, la después escritora Rosa Regás, fundaría en Barcelona La Gaya Ciencia<sup>10</sup>. También ese año, en Madrid, el jesuita, teólogo, especialista en la escuela de Frankfurt e intelectual liberal, Jesús Aguirre, se había hecho cargo del catálogo editorial de Taurus, lo que iba a convertir a ésta en una de las editoriales de “pensamiento” de la Capital de primera magnitud durante la Transición<sup>11</sup>.

En los años siguientes el goteo de nuevos negocios editoriales, que iban a resultar decisivos para la cultura y la memoria, se puede ilustrar señalando por ejemplo que en 1972 Ramón Akal inauguró en Madrid la editorial que lleva su nombre mientras en Barcelona nacía, a comienzos de año, Laia, cubriendo así el hueco que había dejado el cierre de Estela decretado por el Ministerio de Información y Turismo (MIT) el año anterior. También por aquel entonces el librero gijonés Silverio Cañada, quien había fundado Júcar en 1967 en su ciudad natal, decide abrir una sucursal en Madrid que dirigirá hasta comienzos de 1977 el escritor José Manuel Caballero Bonald. En 1973 Manuel Arroyo-Stephens lanzaba Turner con un catálogo todo él dedicado a la Segunda República y a la guerra civil, y a finales de ese mismo año, tras el atentado de Carrero Blanco en diciembre, Gonzalo Pontón y Manuel Sacristán convencían al editor Joan Grijalbo, para que les ayudase a crear una nueva editorial, que denominaron Crítica, y que iniciaría su andadura como sello propio en 1976<sup>12</sup>. A comienzos de 1977, en fin, iniciaba su traslado a Barcelona, desde París, la mítica *Éditions Ruedo ibérico* de José Martínez Gurricebeitia, bajo el sello de Ibérica de Ediciones y Publicaciones S. A. (IEPSA) y con la ayuda de Edicions 62. El catálogo de *Ruedo ibérico* fue hasta 1975 el fondo editorial dedicado a la guerra civil y al franquismo más importante que había lanzado un editor español<sup>13</sup>.

Pero el citado desarrollo de catálogos editoriales no fue un fenómeno políticamente neutro, sino que convirtió a ciertas empresas del libro en ámbitos de socialización de la oposición antifranquista y en última instancia en rescatadores de memoria. Dichas editoriales se habían convertido pronto en mediadores culturales destacados, ejerciendo de polos atracción de escritores, filósofos, sociólogos e historiadores, quienes, ya fuese como directores de catálogos, como consejeros de algunas colecciones, o simplemente como autores, fueron decisivos para el capital simbólico de las mismas. Además de a grupos cristianos, contrarios al nacionalcatolicismo, correspondió al PCE un papel simbólico pionero, dada su importancia como oposición antifranquista. Ramón Akal, quien estaba vinculado a dicho partido y al nacionalismo gallego, reconocería, por ejemplo, que fundó su empresa para “ampliar la libertad de expresión publicando en todos los campos donde estaba prohibido”. Y Gonzalo Pontón –que militaba en el PSUC– señalaría, a su vez, que inició Crítica con el objeto de crear una editorial de izquierdas de “línea antifascista

---

<sup>9</sup> Carlos BARRAL: *Memorias*, Barcelona, Península, 2001, pp. 566-599, 630-631; Xavier MORET: *Tiempo ...*, pp. 234-53; y Sergio VILA-SANJUÁN: *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 81-83.

<sup>10</sup> Sobre la fundación de La Gaya Ciencia, *Ibid.*, p. 47; y Xavier MORET: *Tiempo ...*, p. 309.

<sup>11</sup> Referencias en Teresa MUÑOZ LLORET: *Josep María Castellet ...*, p. 233.

<sup>12</sup> Xavier MORET: *Tiempo ...*, p. 269.

<sup>13</sup> El dato del traslado a España, en Albert FORMENT: *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 501-502.

aunque no partidista”<sup>14</sup>. También militaron o simpatizaron con el partido comunista, desde los años sesenta, Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald, Josep María Castellet, Alfonso Carlos Comín, los promotores de Edicions 62 y de Península, el editor Jorge Herralde, Beatriz de Moura, o los miembros de Ariel. Hubo, por supuesto excepciones en contrario, siendo la más conocida la de Javier Pradera, quien se había iniciado en Alianza Editorial precisamente poco después de haber sido expulsado del PCE junto a Fernando Claudín y Jorge Semprún (1964)<sup>15</sup>.

Tras la muerte de Franco, conforme se aceleró la Transición se produjo el fenómeno significativo de que ciertas editoriales ligaron de algún modo su capital simbólico a los círculos de la oposición más prometedor. Así, por ejemplo, en 1975 la primera aparición en público que protagoniza Felipe González Márquez como secretario general de PSOE, la realiza en la sede de la editorial Taurus, en la presentación de los dos volúmenes de Julián Besteiro, correspondientes a los años 1918-23, que edita Fermín Solana en la Biblioteca Política Taurus bajo el título de *Historia parlamentaria del socialismo*<sup>16</sup>. El propio diario *El País*, que lanza su primer número en mayo de 1976, pero se viene gestando desde 1973 con una apuesta por una transición sin rupturas, enseguida se convierte en una vía de promoción de las editoriales madrileñas con mayores contactos políticos: Revista de Occidente, Taurus, Tecnos, Edicusa y Alianza. Javier Pradera, director del catálogo de Alianza y colaborador de dicho diario, llegará a decir de esta última que, desde un punto de vista político-cultural, Alianza fue en el ámbito de la edición lo que *El País* en el terreno mediático<sup>17</sup>.

El caso catalán también conocerá este tipo de socialización. Santiago Carrillo, por ejemplo, narra en sus memorias que llevó a cabo su “primera presentación en sociedad” (y unos de sus primeros contactos con el entorno de Adolfo Suárez, aparte de los más conocidos con el periodista Mario Armero) en enero de 1977, gracias a los oficios del empresario catalán Sebastián Auger dueño del grupo periodístico “Mundo” y de Dopesa, quien había creado un círculo de discusión política en Barcelona<sup>18</sup>. La editorial Planeta de Barcelona, por su parte, se destacó especialmente en la promoción de contactos esta clase. Su dueño, el sevillano José Manuel Lara Hernández, a quien podríamos situar en la órbita el franquismo “aperturista”, al igual que a Auger, se puede considerar como unos de los empresarios editoriales con una concepción del negocio más decididamente comercial, y que ponía más en valor los medios de comunicación, en aquellos años<sup>19</sup>. Esto llevó a Lara, por ejemplo, a dejar la dirección editorial en manos del intelectual liberal Rafael Borràs Betriu, quien, a su vez, sobresalió por su capacidad de reunir a intelectuales y políticos bastantes dispares, aunque todos coincidentes en la necesidad recuperar la memoria de la historia reciente, idea con la que Lara estaba plenamente de acuerdo (salvo para el caso de la memoria del PCE). A

<sup>14</sup> Los datos de Akal y Pontón, en Sergio VILA-SANJUÁN: *Pasando página...*, respectivamente, pp. 50-52, 40-41; además, Carlos BARRAL: *Memorias...*, pp. 536-550; y José Manuel CABALLERO BONALD: *La novela de la memoria*, Barcelona, Seix-Barral, 2010, p. 711.

<sup>15</sup> Carmen CLAUDÍN: “Emisario de la España real”, *El País*, 20 de noviembre de 2011. Recuperado de Internet ([http://cultura.elpais.com/cultura/2011/11/20/actualidad/1321743610\\_850215.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2011/11/20/actualidad/1321743610_850215.html)).

<sup>16</sup> Referencias en Jesús AGUIRRE: *Casi ayer noche*, Madrid, Turner, 1985, pp. 56-47.

<sup>17</sup> Sergio VILA-SANJUÁN: *Pasando página ...*, p. 93. Sobre el proceso de gestación de *El País*, Antonio ESPANTALEÓN PERALTA: “*El País*” y la transición política, Granada, U. de Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 2002, pp. 21-33. Sobre su papel entre los intelectuales, Amando de MIGUEL: *Los intelectuales bonitos*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 82-89.

<sup>18</sup> Santiago CARRILLO: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 649-650; y “Fallece en Barcelona el creador del Grupo Mundo Sebastián Auger”, *El País*, 2 de diciembre de 2002. Recuperado de Internet. ([http://elpais.com/diario/2002/04/02/catalunya/1017709652\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/04/02/catalunya/1017709652_850215.html)).

<sup>19</sup> Sobre la estrategia de Lara, Felicidad ORQUÍN (ed.): *Conversaciones...*, pp. 252-253.

partir de 1974 Borràs realizó actividades en esa dirección, tales como la fundación de la “Peña Ignacio Agustí”, la promoción de conferencias en el Ateneu Barcelonès como miembro de su directiva, o la creación del Premio Espejo de España, que quería seguir la estela del famoso premio Planeta<sup>20</sup>.

Para concluir este apartado es preciso recordar la importancia que para la cultura antifranquista, y su componente de historia y memoria, revistieron las editoriales que se reunieron a partir de 1970 en torno a las Distribuciones de Enlace. El antifranquismo de la mayoría de sus miembros les venía, además de por sus contactos con el PSUC, de un componente genuinamente barcelonés de carácter contracultural surgido a finales de los años sesenta y bautizado con el término de “la gauche divine”: un círculo informal de profesionales, intelectuales y artistas que tenía su lugar de contacto en la famosa discoteca Boccaccio de la capital catalana<sup>21</sup>. Enlace fue una cooperativa que, con la ayuda de libreros y de viajes por la geografía española, desarrolló una de las más importantes labores de promoción del libro de bolsillo caracterizada por su nivel, variedad intelectual e interés por la memoria e historia recientes<sup>22</sup>. En el ámbito de la propaganda política, de entre dichas editoriales sobresalió La Gaya Ciencia con su Biblioteca de Divulgación Política. Ésta llegó a incluir, entre abril de 1976 y junio de 1977, cuarenta y cuatro números –libros de menos de 100 páginas–, con tiradas de hasta 200.000 ejemplares para algunos de ellos. El interés histórico y memorial de los mismos se refleja perfectamente en el que firma el escritor Juan Benet, titulado *Qué fue la guerra civil* (1976), que comienza con la afirmación de que ésta sigue todavía proyectando su sombra sobre la actualidad<sup>23</sup>.

## La guerra civil en las colecciones históricas y de memorias

Durante buena parte del período franquista los testimonios e historias de la guerra civil se vieron obligados cumplir a rajatabla con la memoria oficial. A sus contenidos se les consideraba que afectaban a los principios del régimen y se les exigía atenerse a la consigna de que el golpe de Estado de julio del 36 fue necesario e inevitable, y las decisiones tomadas por Franco y otros generales, indiscutibles. Hasta 1964 la censura militar se encargó de vigilar, en primera instancia, la observancia de esta premisa<sup>24</sup>. A partir de entonces, pero sobre todo desde marzo de 1966 con la Ley de Fraga, la tarea recayó exclusivamente en manos de los llamados “lectores” del MIT, con frecuencia militares y sacerdotes –junto con algunos profesores de Universidad–, y sus informes se convirtieron en el primer escalón de la censura sobre el tema de la guerra civil.

<sup>20</sup> David ESCOLAR LAPLANA: *Una colección ...*, pp. 137-142.

<sup>21</sup> Testimonios en Carlos BARRAL: *Memorias...*, pp. 590-591; Xavier MORET: *Tiempo ...*, pp. 322-323, 335-336; Felicidad ORQUÍN (ed.): *Conversaciones ...*, p. 181; Sergio VILA-SANJUÁN: *Pasando página...*, p. 46; Ana María MOIX: *24 horas con la Gauche Divine*, Barcelona, Lumen, 2002.

<sup>22</sup> Los socios fundadores fueron: Anagrama, Barral Editores, Estela (cerrada por el MIT en 1971 y sustituida en 1972 por Laia), Fontanella, Lumen, Tusquets, Península (o su editorial matriz, Edicions 62). A estos se les sumará enseguida la madrileña Edicusa, y, más tarde, La Gaya Ciencia, Guadarrama y Labor (ésta a partir de 1975 pasó a ser el socio mayoritario). Sobre Distribuciones de Enlace, Carlos BARRAL: *Memorias...*, pp. 636-642; Esther TUSQUETS: *Confesiones de una editora poco mentirosa*, Barcelona, RqueR, 2005, pp. 125-130; y Xavier MORET: *Tiempo ...*, pp. 342-343.

<sup>23</sup> Juan BENET: *Qué fue la guerra civil*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, pp. 9-12.

<sup>24</sup> Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Memory ...*, p. 129.

De hecho, hasta la desaparición del propio MIT en julio de 1977, dichos informes apenas variaron los términos en los que se valoraba el tema de la guerra: se fijaban en si la visión de los acontecimientos y de las figuras del bando franquista se atenía a doctrina de la cruzada, o si se recogía una imagen favorable de los vencedores; la presencia de la memoria de los vencidos ya era motivo suficiente para considerar el libro “no recomendable”, lo que se traducía frecuentemente en lo que el MIT denominaba “silencio administrativo”. Pero si un autor se atrevía a poner en duda o criticar episodios señalados del bando franquista, entonces los censores consideraban la obra como propaganda contraria al régimen y con cierta frecuencia llegaban a recomendar la denuncia judicial. Ésta, o la amenaza con emprenderla, podía ser utilizada a su vez por el propio MIT –salvo excepciones más complejas<sup>25</sup>– como mecanismo para atemorizar al editor y al autor, desatar la autocensura de ambos, e imponer la de los propios censores. Esta fue la estrategia seguida, por ejemplo, con *¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española*, publicado en 1971 por el escritor monárquico de orientación “juanista”, José Luis Vila-San-Juan, trabajo histórico-periodístico que se puede considerar el primer libro publicado en España, abarcando a toda la guerra civil, dotado de un contenido expresamente desmitificador. Los editores (Nauta), quienes se habían arriesgado a publicarlo directamente sin consulta voluntaria (10.000 ejemplares), pronto se encontraron con la sorpresa de que a los pocos días de inscribir la obra en el registro del MIT, el entonces director general de cultura popular y espectáculos, Enrique Tomás de Carranza, se dirigió al fiscal, quien a su vez, aconsejaba “su denuncia [ante el Tribunal de Orden Público] con todas sus consecuencias”<sup>26</sup>. Sólo la tozudez del autor y de la editorial, quienes redactaron un larguísimo y detallado escrito rebatiendo los comentarios o “tachaduras” de los censores –junto a la circunstancia de que Enrique Tomás de Carranza fuera removido de su puesto al año siguiente, sustituido por Jaime Delgado– hizo que ninguno de ellos fuesen finalmente procesado y el libro se pudiera divulgar, aunque con bastantes cambios, en 1972<sup>27</sup>.

Esta clase de forcejeo entre el MIT y los editores, en el tema en cuestión, fue habitual hasta al menos 1974, cuando, coincidiendo con el período en que Ricardo de la Cierva actuó de director general de Cultura Popular (de noviembre de 1973 a octubre de 1974), la actitud del MIT en el tema de la guerra civil comenzó a hacerse más flexible y a evitar la denuncia judicial (muchas veces en contra de las recomendaciones de los propios censores). En el último año de existencia del MIT (1976-77) no es extraño encontrar informes censorios sobre dicho tema en los que los lectores afirman resignadamente que “no hay suficiente materia jurídica para una denuncia”. Ahora bien, la citada flexibilidad, además de tener que ver con la avalancha de libros relacionados con la guerra que se publican entre 1974 y 1978, o con las actitudes de ciertos responsables políticos, se puede considerar también la expresión de un fenómeno de memoria social que se comienza a dibujar unos años antes, y ante el cual algunos editores van a prestar la máxima atención.

Para explicarlo de manera sencilla subrayemos el hecho de que a finales de los años sesenta se constata en España, entre ciertos sectores de las clases medias, un

<sup>25</sup> El libro sobre la guerra civil que fue objeto de una censura más rotunda fue la edición de Grijalbo de *La historia de la guerra civil* de Hugh Thomas, cuya edición de 20.000 ejemplares fue paralizada por el MIT durante casi seis años (entre 1971 y 1976), posiblemente debido a un veto procedente del propio Franco.

<sup>26</sup> Informe del fiscal (6 de diciembre de 1971) en Archivo General de la Administración (AGA), Signatura 73/01392. Expediente, 11846.

<sup>27</sup> Rafael BORRÀS BETRIU: *La batalla de Waterloo. Memorias de un editor. Una reflexión políticamente incorrecta sobre el mundo de la letra impresa como trasfondo*, Barcelona, Ediciones B., 2003, pp. 422-425.

cambio en la estimación sobre la guerra, el surgimiento de una opinión más distanciada. Que dicho cambio tiene un contenido generacional va a ser algo que los propios contemporáneos tendrán en cuenta; así lo refleja, por ejemplo, Rafael Borràs en *Los que no hicimos la guerra* (1971), libro en el que presenta una encuesta realizada a 97 personas nacidas entre 1925 y 1945 (intelectuales, artistas, científicos, profesores, juristas, algunos cargos políticos, etc.). En dicha encuesta se observa que la mayoría de los preguntados consideran que la guerra civil sigue siendo un fenómeno “vivo”, pero también que no se ven a sí mismos como “herederos” –generacionales, por así decirlo– de ninguno de los dos bandos<sup>28</sup>.

Esta estimación, distanciada pero al mismo tiempo “viva”, no debía ser un dato irrelevante porque enseguida la captaron ciertos editores. Como fenómeno editorial se inicia en torno a 1966, tímidamente al principio, pero en vísperas de la muerte de Franco ya reviste un carácter imparable. El hecho no es ajeno además al desarrollo de los estudios de historia contemporánea en el ámbito académico. De hecho, la memoria de la guerra civil comenzará a aparecer en colecciones dedicadas a la historia reciente junto con la obra de algunos hispanistas, así como de profesores de derecho, de economía e historiadores españoles.

A partir de 1966 una serie de editores comenzaron a desafiar la censura –o a aprovecharse de la nueva Ley de Prensa e Imprenta– rescatando textos publicados durante la guerra o en el exilio, contactando con hispanistas, a quienes ofrecieron tribuna, y rodeándose de una pléyade de autores convertidos en historiadores y memorialistas de la guerra civil, quienes acabarían cosechando un importante éxito durante los años de la Transición. Las expectativas que levantó este proceso, a partir de la primavera de 1976, con los correspondientes fenómenos de retorno de exiliados conocidos, incertidumbres y miedos, negociaciones políticas, legalizaciones de partidos y sindicatos, amén de una censura más flexible en temas históricos y memoriales, aceleraron el interés por el tema de la guerra y lo llevaron hasta su momento culminante en los dos años siguientes. La lista de los citados autores de éxito, además de a los hispanistas, incluye a personas casi todas de la generación que “hizo la guerra”. Tales son los casos del ex-cenetista Eduardo Pons Prades, quien se ganaba entonces la vida colaborando en revistas literarias, escribiendo historia y narrando sus vivencias en el ejército popular durante la guerra civil, o su lucha contra Hitler en el ejército francés y su exilio en Francia (no se instaló definitivamente en España hasta 1962); al dirigente de la CNT durante la guerra, Diego Abad de Santillán, quien permaneció en el exilio hasta 1976; a Juan Gómez Casas, que se convertiría en el primer secretario general de la CNT tras su legalización en agosto de 1977; al ex-miembro del POUM, Víctor Alba (su verdadero nombre era Pere Pagès), profesor de la Universidad de Ohio (USA) hasta 1974; a los escritores catalanistas Manuel Cruells Pifarré y Teresa Pamiès (retornados del exilio en los setenta); o al periodista Ramón Garriga –también exiliado en Argentina durante años después de haber roto con el franquismo. Igualmente se pueden incluir a autores que evolucionaron del franquismo hacia posiciones liberales como Rafael Abella, Luis Romero, José Luis Vila-San-Juan, o franquistas aperturistas como Luis Infiesta Pérez.

La primera colección que se centró en la historia reciente acogiendo una notable participación de la memoria fue “Horas de España” de Ariel, con más de cuarenta títulos entre 1966 y 1981. Dirigida por uno de los fundadores de la editorial, Alejandro Argullós, esta colección fue igualmente un reflejo de los primeros estudios sobre la

---

<sup>28</sup> Rafael BORRÀS BETRIU: *Los que no hicimos la guerra*, Barcelona, Nauta, 1971.



España contemporánea de algunos profesores españoles, además de la primera plataforma de difusión de los hispanistas anglosajones –lógicamente, los menos problemáticos para el franquismo–, dejando aparte la circulación de libros clandestinos. El interés por la memoria enseguida haría acto de presencia con *No fue posible la paz* (1968) de José María Gil-Robles, uno de los diez libros más vendidos ese año<sup>29</sup>. Éste, expulsado de España en junio de 1962 a raíz de su participación en el llamado “Contubernio de Munich” y exiliado en Francia, se presenta en dicho texto a vueltas con la política pero reivindicando, no obstante, la memoria, en tanto “único superviviente de unos acontecimientos que no deben quedar en el olvido”<sup>30</sup>. El libro, que ofrecía al final una opinión del franquismo no muy favorable, no tardó en levantar los recelos del Ministerio, donde se llegó a pensar en denunciarlo ante el Tribunal de Orden Público<sup>31</sup>.

Con la excusa de que se trataba de “revivir recuerdos”, “ilustrar la historia” y publicar al mismo tiempo una pieza literaria, Horas de España se atrevió también a editar el famoso *Homenaje a Cataluña* de Orwell dos años después (con una edición en catalán en 1969). La versión en castellano lleva un prólogo de Luis Romero en el que éste –pensando sin duda en la censura– defiende que se trata del testimonio de un escritor en el que no se observa ningún intento de acomodar los acontecimientos a su posición ideológica, ni adolece de “intención partidista”. El prologuista hace también memoria y cuenta cómo vivió él mismo –entonces falangista convencido– los famosos acontecimientos de Barcelona de Mayo de 1937, que, como se sabe, constituyen el tema central de la segunda parte de *Homenaje a Cataluña*. Ofrece igualmente algunos consejos muy significativos que reflejan las distancias memoriales que están apareciendo en aquellos años: para los de su edad –dice Romero– la obra debe servir para “revivir recuerdos”; y para los más jóvenes, a modo de ilustración, esto es, “como historia casi remota o por lo menos distante”<sup>32</sup>.

Que la citada estimación de la guerra, menos heroica y maniquea, comenzaba a llamar la atención de los editores, lo demuestra igualmente la colección “Ayer, Hoy y Mañana de España” que Guadiana de Publicaciones lanza en 1968, dedicada a examinar los desafíos políticos y económicos de los años del desarrollismo. La colección se inicia con el libro del coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid: último episodio de la guerra civil española*, que recoge unos recuerdos escritos en tono distanciado –Casado murió dicho año– en los que, además de defender la memoria de Julián Besteiro y responsabilizar a “la influencia bolchevique” del hundimiento de la República, el autor aboga por “dar al olvido los tres años dramáticos en que perecieron tantos miles de inocentes”<sup>33</sup>. Parecido interés puede entreverse en la colección de libros baratos de la editorial Zix, “Biblioteca Promoción del Pueblo” (surgida en 1965), la cual publica póstumamente el ensayo del general Vicente Rojo, *El ejército como institución social* (1968). Este volumen, que trata de técnica y cultura militar y cuyo prólogo se acompaña de su foto vestido de uniforme castrense, además de ser un modesto homenaje, sirve para ayudar a romper el hielo de la censura que rodeaba a esta destacada figura de la guerra –todavía en 1966, cuando muere Rojo en Madrid, ningún editor se atrevía a publicar en España ni una sola línea de sus escritos, y de hecho su recuperación editorial

<sup>29</sup> Según las listas del Instituto Nacional del Libro, en 1968 fue el noveno libro más vendido de una lista de diez títulos. Xavier MORET: *Tiempo ...*, p. 292.

<sup>30</sup> José María GIL ROBLES: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 14.

<sup>31</sup> AGA, Signatura, 21/18705. Expediente, 737/78.

<sup>32</sup> George ORWELL: *Homenaje a Cataluña. Un testimonio sobre la revolución española*, Barcelona, Ariel, 1970, prólogo, pp. 8-18.

<sup>33</sup> Segismundo CASADO: *Así cayó Madrid: Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana, 1868, p. 312.

no llegará hasta 1974-75, cuando Horas de España publique su *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española* (1974) y *España heroica. Diez bocetos de la guerra civil* (1975)<sup>34</sup>.

Sin embargo, antes de que los editores se atrevieran a iniciar una clara restitución de la memoria republicana o de los partidos del Frente Popular, lo que no comenzó antes de 1974-75 y sólo se consolidó en 1976, la nueva literatura de memorias se iba a conformar con colaborar en la visualización de las complejidades de la propia guerra, alegando simplemente la necesidad de transmitir el recuerdo. En 1968 Horas de España introducirá, por ejemplo, un tipo de testimonio, el libro de José Lordés Badía publicado a instancia del historiador Carlos Seco Serrano, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, que pone el acento en la citada imagen: la de los combatientes que se vieron envueltos en dicho conflicto sin desearlo y que, llegados a cierta edad, desean evitar que sus experiencias caigan en el olvido.

El tema de la vida y las actitudes de los combatientes también va a ser, a su vez, el punto de arranque del que pronto se convertirá en editor de referencia en estos temas: el madrileño Gregorio del Toro Perdiguero. Éste, entre 1973 y 1977, va a lanzar, con tiradas de entre 3000 y 5000 ejemplares, una colección titulada “Memorias de la guerra civil española, 1936-39”. El interés por los combatientes se refleja, por ejemplo, en el primer volumen de la colección, las *Memorias de un artillero* (1973), de José Carrasco Canales, un texto escrito en 1942, en cuya presentación Luis Romero subraya que la obra ha sido seleccionada porque simboliza “la peripecia de millares de hombres”<sup>35</sup>. El tema vuelve a aparecer en otros textos como, por ejemplo, el de Eduardo Pons Prades, *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)* (1974). Este último libro reviste una especial importancia; por un lado, debido a la personalidad, experiencias y obra periodística y literaria del antiguo cenetista Pons Prades<sup>36</sup>; por otro lado, por los comentarios de la prologuista, la periodista y escritora Montserrat Roig, quien resalta, antes que la propia ideología del autor, el carácter de memoria generacional que posee el libro, el cual mostraba que “el pasado no está hecho de una manera lisa, sino que abundan en él los escollos”<sup>37</sup>.

Tras la muerte de Franco se va a asistir a un incontenible afloramiento de memorias, correspondientes a los antiguos socios del Frente Popular, con un propósito terapéutico –además, lógicamente, del homenaje como tal: extraer lecciones del pasado. A Grijalbo, su colección “Dimensiones Hispánicas”, que había lanzado en 1970 para mostrar “la importancia de los problemas españoles en un mundo cada vez más interdependiente”<sup>38</sup>, le sirvió como punto de partida para divulgar toda una serie de memorias y textos de autores clásicos, que incluso vieron varias ediciones (será la que finalmente recoja la publicación de la obra de Hugh Thomas, véase nota 25). Se editaron bajo dicho sello (algunas, con el Crítica), por ejemplo, diversos escritos del dirigente socialista Juan Simeón Vidarte, así como el ensayo de Hans Magnus Enzensberg, sobre Durruti, en realidad una serie de comentarios acompañados de

<sup>34</sup> Los últimos años de Vicente Rojo, afincado en España desde 1957, en José Andrés ROJO: *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 384-429.

<sup>35</sup> Luis ROMERO: “Prólogo” a Eduardo DOMÍNGUEZ LOBATO, *Cien capítulos de retaguardia: alrededor de un diario. Documentos de la guerra civil española*, Madrid, G. del Toro, 1973, pp. 5-19.

<sup>36</sup> Eduardo PONS PRADES: *Los que sí hicimos la guerra*, Barcelona, Martínez Roca, 1973.

<sup>37</sup> Montserrat ROIG: “Prólogo” a Eduardo PONS PRADES: *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)*, Madrid, G. del Toro, 1973, p. 13.

<sup>38</sup> Recogido en Edouard ESCARRA: *El desarrollo industrial de Cataluña, 1900-1908*, Barcelona, Grijalbo, 1970, n° 1 de la colección.

testimonios de los contemporáneos que se habían publicado en 1972 en la Surhkamp Verlag: *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti* (1976). Igualmente gozaron de bastante éxito las *Memorias políticas y de guerra* de Manuel Azaña (2 vols., 1978), que aparecían anunciadas en el *Libro Español* con una cita de Juan Marichal, quien las presentaba como “el texto de memorias más importante de la historia de la España moderna”<sup>39</sup>. Por su parte el editor Francesc Bruguera, quien había hecho la guerra al lado de la República y disfrutaba en los años setenta de una cómoda posición como editor de libro popular, también lanzó 1977-78 una colección de contenido historiográfico y referido a la memoria llamada “Mosaico de la historia” dividida en dos series: “La guerra civil” y “La era franquista”. Asesorada por Luis Romero, ésta se presentaba como “una tribuna abierta para la exposición de aquellas realidades que, de una manera u otra, han conformado la reciente historia de España”, e insistía en que “el propósito común, manifestado desde la diversidad, no es otra que el esclarecimiento de las visiones de hoy”<sup>40</sup>. Su libro más importante fue el de Teresa Pàmies, *Los niños de la guerra* (abril de 1977), basado en testimonios de adultos que cuentan sus experiencias de niñez, vividas en ambos bandos, en el que se concluía que la guerra había dejado un huella permanente en la generación actual, y que se habían de sacar lecciones para que aquello no volviera a ocurrir.

Las editoriales del grupo Enlace tampoco se olvidaron de la historia y la memoria de la guerra civil. Edicions 62 lanzó en los años 1976 y 1977 una colección específica titulada “Documents”. Ésta, aunque era sobre todo una tribuna para recoger la aportación de jóvenes historiadores catalanes, incluía una “Introdució” del “President Tarradellas” a la recopilación de textos de Anna Sallés, titulada *La proclamació de la República* (1976). Por su parte, la madrileña Edicusa, que se había mostrado interesada tempranamente en los estudios de algunos clásicos del socialismo español, publicó en 1976 su texto de memorias más emblemático, *La guerra que yo viví. Crónicas de los frentes españoles* de Jesús Izcaray, que era presentado por la editorial como “el cronista de nuestra guerra civil más leído en nuestra zona republicana”. También Carlos Barral, interesado en la disidencia a través de la literatura vanguardista de ficción y de cierto ensayismo, puso su granito de arena al introducir en su colección “Breve Biblioteca de Respuesta” el *Descargo de conciencia (1930-1960)* de Pedro Laín Entralgo, que se colocó en el puesto número diez de entre los libros más vendidos en 1976<sup>41</sup>. En cuanto a Laia, sus Ediciones de Bolsillo, Laia B y Laia Paperback, le sirvieron para recoger algunas memorias y textos relativos a la guerra civil. Sin duda, de estos últimos, el más significado había sido el mítico *La España del siglo XX* (1974), que Manuel Tuñón de Lara publicara en el exilio (Editorial Librería Española, París, 1966 y 1973); un verdadero “tour de force” frente el MIT y al propio Ricardo de la Cierva. En materia de memorias, Laia se decantaría por la memoria comunista publicando, en 1978 –ya habían sido editados fuera con anterioridad–, los tres volúmenes de *Tres años de lucha*, de José Díaz, y las memorias de Juan Modesto, *Soy del quinto regimiento (notas de la guerra española)*, ambos prologados por Santiago Carrillo.

Para concluir subrayaremos que memoria de los sectores más a la izquierda del Frente Popular también encontró en las editoriales del grupo Enlace una de las vías de expresión más innovadoras; particularmente a través de la colección “Acracia” de Tusquets. En realidad, ya antes de la muerte de Franco el MIT había comenzado a

<sup>39</sup> *El Libro Español*, 245 (1978).

<sup>40</sup> Recogido en Domenec PASTOR PETIT: *Espionaje (España, 1936-39)*, Barcelona, Bruguera, 1977, nº 1 de la colección.

<sup>41</sup> Fuente, *El Libro Español*, 230 (febrero 1977), p. 67.

autorizar, aunque con muchas reservas, la publicación de libros de memoria anarquista, un tema que sólo se podía encontrar hasta entonces en textos clandestinos, por ejemplo, del catálogo de Ruedo Ibérico<sup>42</sup>. El anticomunismo de algunos de aquellos libros, que no pasaba desapercibido a los censores franquistas, debió de tener algo que ver con esas tempranas autorizaciones<sup>43</sup>. Pero fue a partir de 1976 cuando diversas editoriales se dedicaron a rescatar y difundir, por ejemplo, textos y análisis de la obra de Andreu Nin (Zix, Castellote, Anagrama, Nova Terra, Fontamara) y de los más importantes autores libertarios españoles: Gregorio del Toro, Edicions 62, Edicusa, Bruguera, Ariel (Horas de España), Planeta (Espejo de España), Júcar (Crónica General de España).

Acracia en particular fue una colección de bolsillo, que despegó tras la muerte de Franco (había surgido en 1974), pensada para actualizar el pensamiento libertario y antiautoritario en general. Esto llevó a sus responsables a incluir, además de las biografías de los padres de anarquismo del siglo XIX, textos de Cornelius Castoriadis, fundador del grupo *Socialismo o Barbarie*, y análisis filosóficos de autores recientes. En materia de memoria de la guerra civil, Acracia puso el acento, por ejemplo, en la obra de Carlos Semprún-Maura, *Revolución y contrarrevolución en Cataluña, 1936-37* (1978), un libro para lectores franceses escrito entre 1969 y 1971 cuando todavía no se habían acallado los ecos de Mayo del 68, en la que reclamaba una adaptación de la CNT a los cambios acontecidos en la sociedad española. Uno de los primeros números de su colección fue el los artículos que editara en la prensa, entre 1935 y 1938, el colectivo de libertaria “Mujeres Libres”, seleccionados por la historiadora Mary Nash (*Mujeres libres: España, 1936-1939*, 1975). La iniciativa, que conectaba con los estudios y reivindicaciones feministas que comenzaban a hacer acto de presencia en España, es una muestra de la fuerza intelectual recuperadora que tuvo el mundo editorial en aquellos años.

---

<sup>42</sup> En su catálogo podían hallarse obras de Joaquín Maurín, del poumista Andrés Suárez, el cenetista José Peirats, así como las memorias del ex-ministro de Justicia Juan García Oliver (Albert FORMENT: *José Martínez...*, pp. 299, 411, 424, 459-460).

<sup>43</sup> Así se observa en los expedientes de censura de algunos. Véase, por ejemplo, el correspondiente al libro de Diego Abad de Santillán, de julio de 1975 (*Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*. Madrid, G. del Toro, 1975) (AGA Signatura, 73/04915 Expediente, 7450).